

Antonio Zamorano Baier

El globo azul

I



uando el tío Julián llegaba, un chorro de alegría penetraba por la puerta de calle de la casa.

Llegaba el tío Julián con una sonrisa muy ancha detrás de su barbaza negra y poblada. Era lástima que tuviese que llevar esos lentes negros para ocultar un defecto visual. Con todo se adivinaba en sus ojos la satisfacción que le producía la algazara que nosotros, sus sobrinos, armábamos.

—¡El tío Julián, el tío Julián!—nos anunciaba nuestra hermana desde el otro extremo del patio. Y nos precipitábamos todos, a cuál más ligero, hacia el pasadizo en donde el tío esperaba el diluvio con su sonrisa, su barbaza y su manta que, aunque corta y delgada, era el signo de su procedencia y profesión.

Alto, macizo, no tenía el tío Julián la rudeza en el aspecto y en los modales que es característica en el hacendado. Era distinguido en sus maneras, en el lengua-

je y en el vestir. Hacía la impresión de un caballero que ocasionalmente se ve obligado a trabajar en las rudas faenas del campo. Lo que a nosotros nos agradaba era su buen humor, su dulzura y su indulgencia que contrastaban con la seriedad y severidad de nuestro padre siempre ceñudo y hosco para con nosotros. Nunca oímos al tío Julián que alzara la voz. Ninguno de nosotros lo vió fruncir el ceño, sino sonreír, sonreír siempre imperceptiblemente.

Era porque el buen tío tenía un alma de niño. Aunque nunca vino a jugar con nosotros, todos intuíamos en él este oculto deseo por la sonrisa con que nos miraba y las insinuaciones cariñosas que nos hacía.

O tal vez el tío Julián soñaba con una parvada así vocinglera como la nuestra en la soledad de su pequeña finca lejana. Y como la tía no se la diera, venía hacia nosotros a abrírnos su ternura de padre desesperanzado.

Para los chiquillos de nuestra casa la condensación de su afecto consistía en una «chaucha», enorme para nuestras manos, que nos daba al despedirse. Por eso, cuando el grito anunciador del tío Julián resonaba en el patio, nos imaginábamos una moneda de veinte centavos enorme como el tío Julián, buena como el tío Julián, de cristalino son como la risa abierta y franca del tío Julián. Tío Julián y «chaucha» eran dos cosas que necesariamente debían seguirse como el día a la noche. ¿Cómo no habíamos de correr y precipitarnos a su llegada si esa moneda de plata había de franquearnos muchos deseos reprimidos y alegrías insospechadas?

En la ventana de la librería vi un trencito verde al volver hoy de la escuela,—nos decía Rodolfo, el mayor de nuestros hermanos.

—Y, ¿cuánto vale?— inquiríamos casi a coro pensando ya en la próxima visita del tío Julián.

—Una chaucha nada más.

Por una sola chaucha podíamos ser poseedores de todo un tren verde.

—Y no sólo eso,—continuaba Rodolfo,—hay muchas otras cosas: hay coches y bolitas, y unos gallitos de todos colores que cantan soplándoles por la cola... Y cada una de estas cosas pueden comprarse con una chaucha. Gallitos dan dos.

Aquello era un cuento de hadas. La severidad paterna no nos permitía salir a la calle. A veces en su ausencia nos aventurábamos hasta el almacén de la esquina. Pero la librería nos parecía muy lejana, inaccesible a nuestros pasos, a nuestros miradas, a nuestros deseos.

No sólo galletas y dulces se podían comprar en el almacén de la esquina con esos veinte centavos sino un mundo de tesoros desconocidos. Y nosotros no lo sabíamos. Pero, ¿cómo habíamos de saberlo si no íbamos al Liceo como Rodolfo?

¿Unos gallitos que cantan soplándolos por la cola? Podíamos encargarle la compra a Rodolfo. Pero el tío no venía. Con tantas ilusiones ¿cómo no habíamos de esperararlo con ansiedad?

II

—¡Al agua, pato!

—Coñico, sal de ahí, sucio!

Siesta. Calor.

—¡Al agua, pato!

Después el llanto de Coñico que había sido castigado por nuestra hermana mayor por haber introducido los pies en el agua sucia de la cocina que se escurría por una acequia de cemento hasta la alcantarilla.

Tras la tempestad el sol, tras las lágrimas la risa.

—Chiquillos, el tío Julián!

Carreras precipitadas. El tren verde, las bolitas, los gallitos nos bailaban con igual precipitación dentro de la cabeza.

Ahí estaba el tío Julián, alto y macizo, sonríe que te sonríe. ¿Habíamos de esperar que se marchase dentro de un día o dos para que saltase la chaucha?

Coñico esperó un claro en las concebidas conversaciones y palabras iniciales de nuestra madre a cerca de la salud de la tía, la marcha de la cosecha, etc.; y extendiendo la mano con infantil coquetería le dijo:

—Que ponga la gallina...

El tío levantó su gran barba al cielo celebrando la ocurrencia con una risotada, al mismo tiempo que se llevaba la mano al bolsillo del chaleco en donde acostumbraba guardar su dinero sencillo. Fueron inútiles las protestas de su hermana, que era a la vez nuestra ma-

dre. Primero sacó aquel gran reloj de plata que le servía, tanto para ver la hora como arma de defensa, y luego las grandes monedas blancas brillaron en su mano ruda y endurecida por el trabajo campesino.

En el patio, a la sombra de los árboles, nos disputábamos el cariño del tío por la hermosura de la chaucha en las manos de cada uno de nosotros, mientras Rodolfo regresaba del colegio por la tarde.

Aunque a cada uno nos hubiera gustado comprar de todas las maravillas de que se nos había hablado, hubimos de convencernos de que aquello no era posible sino con la ayuda de varias chauchas.

Nuestra imaginación se excitaba:

—Oye, cuando muera mi papá, voy a sacarle todas las chauchas del chaleco.

—Y yo el reloj de oro.

—Y yo la cadena.

Tan severo era el padre que no concebíamos acercarnos a él sino muerto.

III

Poco nos duró la alegría de los descubrimientos que Rodolfo había hecho.

Pero cuando el padre murió nunca supimos ni de las chauchas, ni del reloj y la cadena de oro.

Sólo que la casa fué despoblándose de ruidos, de llantos y de risas infantiles. Debido a la imprevisión

del padre cada uno de nosotros hubo de ser distribuído entre los parientes, pues la pequeña industria doméstica sostenida por nuestra madre y nuestra hermana, no bastaba para alimentar tantas como éramos . . .

Yo fui el único que quedé en casa para ayudar a la venta de los frutos de los pocos árboles del patio y de las labores femeninas que ellas elaboraban.

Ignoro la causa de esta determinación de mi madre. No sé por qué había de elegirme precisamente a mí, que soy cojo, para estos quehaceres que cualquiera de mis robustos y sanos hermanos podía desempeñar muchísimo mejor que yo. Trato de explicarme ahora, por razonamientos de carácter biológico, la predilección de las madres para con los hijos enfermizos o defectuosos. En casa ponía especial empeño en que mi cojera, tan ostensible, (tengo el pie derecho doblado hacia adentro) pasara desapercibida ante los ojos de mis demás hermanos. Al efecto, les había prohibido terminantemente llamarme «cojo» hiciese lo que hiciese. Esto me ha convertido en un voluntarioso y osado.

Por otra parte, me dolía en lo más íntimo cuando uno de ellos, exasperado por mis caprichos, me espetaba aquel insulto, para mí, el más oprobioso: «cojo». El corazón comenzaba a desmoronárseme a influjos de las lágrimas que indicaban mi aniquilamiento. Y no iba a acusarlo ante el tribunal de mi madre sólo para que, después de recibir su castigo el impostor, no me cantasen todos ellos en ronda:

Acusete,
carecuete,
cinco panes
y un bonete.

Todo esto me iba formando un fondo de timidez y de fina sensibilidad que unido a mi osadía me hacía aparecer contradictorio.

Despedidos todos los sirvientes fuí el mandadero obligado para las provisiones diarias en los almacenes cercanos a casa.

El almacén de los italianos Seppi fué mi preferido, porque cada vez me daban de llapa un higo seco que hacía las delicias de mi paladar.

Donde los Seppi descubrí preciosos tesoros que si no estaban al alcance de mi bolsillo lo estaban al de mi mano, y, en cada ocasión que el viejo italiano daba vuelta las espaldas para despacharme azúcar o arroz yo sacaba con todo sigilo y rapidez una bolita del frasco salero que ostentaba sus riquezas sobre el mostrador.

Una bolita no significaba, a pesar de que ya había acumulado más de diez y podía jugar con ellas sin que mi madre ni mi hermana se diesen cuenta.

Pero una vez mi atrevimiento llegó al extremo de robar un gallito de la ventana. Era un gallito encarnado de esos que cantaban soplándole por la cola. No podía hacerlo cantar, sin embargo, sin que ellas lo supiesen. El obstáculo me pareció fácil vencerlo contando lo sucedido a mi hermana.

—Eso está muy mal hecho—, fué lo primero que me dijo y se encaminó hacia mi madre.

—Así se empieza: por poco. Esto no puede ser,— comentó la señora.

Y me llamó diciéndome que debía ir a devolverlo.

Conferenciaron ambas y mi hermana fué al almacén antes que yo.

A su regreso me obligaron terminantemente, sin importarles las lágrimas de mi vergüenza, a restituir el gallito en manos de los almaceneros mientras ella me vigilaba a cierta distancia.

Seppi joven me recibió con aire de muda dignidad.

La mentira se me atravesó como un zarpazo en la cabeza:

—Le traigo este gallito que encontré ahí,— le dije lagrimeando y señalándole un lugar impreciso cercano a la puerta.

—Muy bien.

Tomó el juguete y felizmente no habló más.

IV

Y el tío Julián no venía. Ni siquiera había asistido a los funerales de mi padre, pues pocos días antes de la muerte del último— habiendo el tío vendido su fundo— se fué en busca de mejor suerte a una «chacra» cercana a la capital.

¡Oh, si el tío Julián hubiese venido, yo no hubiera

tenido que sufrir estos tormentos! Todas las chucherías del almacén de los Seppi pudieron haberme hecho feliz.

Para los estrechos centavos de mi madre todos los juguetes estaban ahora para mí, colocados en un punto inaccesible en el espacio y en el tiempo, adquirirían sabor de lejanía. Lejanía que incitaba a soñar.

Y yo soñaba hasta la alucinación. Una mañana vi a Rodolfo volver de la escuela con su gorra, su ropa y su bolsón de colegial. Fué un instante solamente y desapareció en seguida.

—Es que quieres mucho a tu hermano,—comentó mi madre fingiendo no darle importancia al asunto.

Mi niñez trascurría en una soledad triste sin mis hermanos y sin las chauchas del tío Julián que eran como las llaves del cielo.

No: el tío no venía; ni vendría tan pronto, pues la distancia a que se encontraba no le permitía visitarnos.

Mi continuo ir y venir por las calles me hizo tropezar con una maravilla desconocida para mí hasta entonces. Fueron los globitos de todos colores que otros niños llevaban atados a un hilo o al extremo de una varilla.

Nunca eché más de menos al tío Julián que después de haber visto aquellos globos.

Me obsesionaban, pero jamás me hubiera atrevido a confesar esta debilidad mía después del robo del gallito y de las bolitas, por lo demás, intuía que me serían negados con las palabras más amables.

En los atardeceres humosos devaneaba. Si me encontrase una moneda en la calle me compraría un globo

rojo, lo ataría a un hilo y lo dejaría elevarse, elevarse hasta que se convirtiese en un punto apenas perceptible. Soltaría la hebra y haría como que se me escapaba para dar esa alegría a otros muchachos que lo divisarían con envidia por encima de los muros de mi casa. Pero, ¿no sería también robo apoderarse de una moneda en la calle? Debía entregársela a mi madre o preguntarle qué debía hacer con ella? No, de seguro se la guardaría para sus gastos de fideo o de azúcar. Pensé al fin que lo mejor sería conservarla para cuando hubiese en casa más holgura y poder así disponer a mi antojo de esa chaucha imaginaria para adquirir aquel globo rojo que ansiaba.

De tanto mirar al suelo por esa chaucha que nunca encontré mi espina dorsal ha llegado a desviarse. No parece sino que hubiese quedado en actitud de búsqueda de una belleza perdida en la faz de la tierra.

¿Quién lo hubiera pensado? Ese caballero de ropa negra, de barba abundante y, de lentes ahumados ¿es el tío Julián? ¿No sería un sueño como aquella vez que vi a Rodolfo en su traje de colegial? Es él—me digo— porque habla.

Era efectivamente el tío Julián. Viene sin manta y ha entrado sin golpear. La alegría me abre los ojos y el corazón de par en par. El globo rojo, el globo rojo.

El día estaba como de propósito para este recibimiento sin griterío ni carreras. El cielo sureño, siempre hostil, estaba cubierto de una gasa plúmbea. Jirones

de bruma mañanera deambulaban aún camino del firmamento.

Escucho lo que dice. Nos trae noticias de Rodolfo, a quien él ha tomado a su cargo y que asiste a un Liceo de Santiago.

Aprovecho una salida del tío hacia el patio para acercarme formulándole mi pedido escuetamente, porque ni siquiera tuve la graciosa ocurrencia de Coñico. Sonriendo muy apenas introdujo su manaza peluda en el bolsillo del chaleco para sacarme la chaucha.

Mi intención era adquirir cuanto antes el globo. Pero yo no sabía en dónde podrían obtenerse y, de nuevo, me asaltaron pensamientos pesimistas respecto de la actitud de mi madre. Mi culpa relacionada con el gallito no me hacían acreedor, a mi entender, a esta expansión.

En resguardo de posibles reprimendas me hice la idea de obtener otra moneda cuando el tío se despidiese.

Así lo hice, en efecto, al día siguiente cuando al salir le di alcance en el pasadizo. Ya no sonrió el tío Julián. Pero me dió otra chaucha.

Y tan pronto como me fué posible me escapé a la calle sin pedir permiso. Recorrí los almacenes cercanos a casa, como no hallase en ellos el tesoro me aventuré más lejos por calles y tiendas que nunca había frecuentado antes.

Era como una cueva un poco obscura aquel estableci-

miento de trapos. En lo alto de la puerta principal alcancé a divisar una Santa Filomena que chorreaba por los flancos, gotitas de neblina convertidas en agua.

Un empleado me señaló un lugar frente al mostrador:

—Allí en la caja hay globos.

Pedí uno rojo; pero se habían agotado ya. Entre los amarillos, los verdes y los azules que me mostraba amablemente la cajera preferí uno de los últimos. Pagué mi chaucha y regresé a casa inflándolo y desinflándolo.

V

El día estaba frío. Mi madre y mi hermana tejían alrededor de un brasero.

—¿Dónde has estado?

En vez de contestar saqué mi globo azul y me puse a inflarlo en presencia de ellas. Mi hermana sonrió y miró a mi madre que también sonrió con reticencias y comenzó a averiguarme sobre el origen del globito.

Le expliqué. Cuando hube terminado se alzó mi madre diciéndome:

—Ernesto, ahora voy a enseñarte a gastar mejor tu dinero.

La buena señora parece que reconocía aquel pasaje de la autobiografía de Franklin y el pito.

Me llevó al establo, en donde se albergaban los ca-

ballos del tío Julián. Tomó una varilla. Entonces, ¿iba a castigarme y con aquella sonrisa bonachona?

—Mamá, tengo otra chaucha, tengo otra chaucha . . . — grité cuando sentí la azotaina sobre mis piernas desnudas

Me quedé largo rato en el establo, más que adolorido, profundamente triste. Sollozaba, sollozaba interminablemente.

Mi hermana vino a verme.

—Si al menos hubieses comprado un globo rojo, me dijo;— son más bonitos.

—Sí. Pero no había.

Le pedí un hilo y me dió unos cuatro metros de los que empleaba para tejer.

Até mi inflado globo azul a un extremo y comencé a hacer esfuerzos por elevarlo dándole puñadas con el dorso de mi mano mientras sujetaba el hilo con la otra.

Un viento arremolinado principió a levantarse y mi globo se debatía que era un contento.

La azotaina materna obraba aun sus efectos. Me dolían las piernas y no me atrevía a correr mucho cuando soltaba el hilo fingiendo que se me escapaba para producir la envidiosa alegría de otros muchachos que me imaginaba atisbando mi tesoro.

En un momento, sin que el viento me diese tiempo para coger el extremo del hilo, mi globo azul comenzó a tomar vuelo. Se elevó. Se elevó. Se elevó más alto que los muros, que el tejado de la casa, que los árbo-

les del patio... Y tomó rumbo del viento que llora en lluvias.

Corrí precipitadamente. Inútil. Una angustia, un dolor infinito más agudo que el producido por la azotaina de mi madre, me acuchilló la mirada, la carne, el corazón.

Y quedé mirándolo, mirándolo por toda la vida.